

ADRIANO (pareciendo).—¡Deteneos, asesinos! ¿qué osásteis decir?

ORSINO.—Colonna ¿sería acaso un traidor?

COLONNA (fijando una severa mirada en Adriano).—¡Habla, dí! ¿y eres tú, mi hijo, quien pretende vendernos?

ADRIANO.—Hijo soy de un verdadero soldado que siempre combatió de frente, y nunca mancilló con vil atentado la gloria de su raza.

ORSINO.—¡Pérfido! ¡traidor!

COLONNA.—¡Sí! aprendió la lección del tribuno. Por fin veo claro y se confirman mis sospechas.

ADRIANO.—Abre tus ojos á la luz, padre mío.

COLONNA.—¡Calla, calla! ¡estás maleficiado, y sin duda el tribuno espera que le sirvas de instrumento! ¡maldición contra él! ¡que muera!

ADRIANO.—¡Préstame, cielo, tu auxilio! (A Colonna.) Renuncia á tan vergonzosa maquinación; oye mis ruegos; conserva sin mancha el brillo de un nombre que tan honrado ha sido.

ORSINO.—¡Pérfido! Y aún vacila su padre en castigarle!

COLONNA.—¡Escucha! Allá, en su guarida, está el tribuno. ¡Corre! ¡descúbrelle nuestros planes; denuncia á tu padre!

ADRIANO.—¡Qué oigo! ¡Dios mío! ¡cruel destino! (A Colonna.) ¡Cómo! ¿Quieres que nuestro immaculado nombre sea empañado por la deshonra? ¡Déjame morir antes! Para vos, la afrenta; la muerte para mí.

ORSINO Y LOS NOBLES.—Sellado está nuestro sagrado pacto. ¡Muera el tribuno! (Colonna rechaza á Adriano.—Los otros nobles se alejan amenazándole.)

ADRIANO (solo).—¡Denunciarles yo! ¿qué haré? Te amo, Irene; salvaré á tu hermano. (Detiénese en el momento de partir.) ¿A dónde voy? ¡cruel remordimiento! ¡mi padre!... ¡y he de venderlo yo! ¡Jamás! ¡Dios mío! ¡apiádate de mi dolor! (Sale.)

ESCENA IV

Pueblo, ciudadanos de Roma

(Entra la multitud por el foro, con gozoso semblante.)

CORO.—Entonemos un himno de alegría, celebrando el regocijo de un pueblo altivo y libre.

ESCENA V

Los mismos, RIENZI, IRENE, BARONCELLI, CECCO

(Todos se inclinan ante Rienzi)

RIENZI.—¡Salud, pueblo romano! ¡grato espectáculo! ¡día feliz! Oiga el cielo mis súplicas; será perdurable esta ventura.

TODOS.—¡Viva Roma para siempre en paz! (Las diputaciones de los Estados Lombardos, de Nápoles, de Baviera, de Bohemia y de Hungría, aparecen en la sala de fiestas.)

BARONCELLI (presentando las diputaciones de las diversas provincias).—De cerca, de lejos, acuden á ti los pueblos para aclamar tu ley.

RIENZI.—Reúnanos un solo lazo en nombre de Roma protectora. Dios no ha puesto en mis manos los destinos de Roma únicamente; quiero que Italia entera, grande por su libertad, se agrupe en un solo haz.

TODOS.—Viva para siempre Italia.

RIENZI.—El cielo secunda mis proyectos. Los decretos divinos os otorgan nuevamente la ansiada libertad. Recobrad pues la suprema jerarquía y dictad al Universo vuestras leyes. ¡Sí! por fin rompe sus cadenas Roma y no depende sino de sí misma. ¡Romanos! quede sobrepujado el noble esplendor del tiempo antiguo.

ORSINO.—¡Qué arrogancia! ¡insensato!

COLONNA.—El mismo apresura su caída.

RIENZI.—¡Heraldo! ¡comience la fiesta!

ADRIANO (acercándose á Rienzi sin ser visto).—
¡Alerta! ¡te fienden un lazo!

RIENZI (en voz baja á Adriano).—¿Acaso algún
traidor...?

ADRIANO.—¡Vigila! ¡Silencio!

RIENZI.—¡Vendido! ¿por quién?... por ellos, sin
duda. ¡Bah! nada temo; desprecio sus atentados.

(Baile. Comparsas y bailarines reproducen ante
Rienzi combates de gladiadores y el rapto de las
Sabinas. Al terminar el baile, Orsino, que se ha
ido aproximando á Rienzi, saca un puñal y le
hiere en el pecho. Adriano se abalanza hacia Or-
sino, sin lograr detener el golpe. Los guardas de
Rienzi acuden y rodean á los nobles.)

CORO DEL PUEBLO.—¡Rienzi! ¡el cielo le protege!

RIENZI.—En vano se desborda su furor; sin em-
bargo, el golpe era mortal. (A Orsino, entreabrien-
do su túnica y dejando ver una coraza debajo del
vestido.) ¡Ya lo ves! ¡preví vuestro odio! ¡traido-
res! ¡vuestros infames proyectos hieren en mí á
Roma, á su libertad, á su ley! ¡Nuestra popular y
santa obra debía excitar su cólera; sus inícuas manos
han mancillado la pureza de este santo día! Cese
la fiesta y hágase justicia. (El pueblo se retira si-
lencioso. Quedan los senadores, Rienzi, Baroncelli,
Cecco y los nobles rodeados por los guardias.) (A
los senadores.) Sois testigos de su atentado, se-
ñores.

BARONCELLI.—¡Tribuno! ¡tus enemigos no se dan
punto de reposo! sus partidarios han intentado sor-
prender el Capitolio y nuestras huestes.

RIENZI.—¿Osaréis negarlo, rebeldes?

COLONNA (con desdén).—¡No! Toma nuestra san-
gre y fragua nuestra perdición si quieres, que no
tardará en sonar la hora del castigo.

RIENZI (aparte, conmovido).—¡Gran Dios! ¡tristes
presagios! (Reponiéndose.) Obrad según la ley.

CECCO.—La ley ordena su suplicio.

RIENZI.—¡Cúmplase su sentencia! (Los nobles ro-
deados por los senadores y las guardias son lle-
vados á la sala del fondo. Oyese el doblar de la
campana del Capitolio.) ¡El hacha! ¡el patíbulo,
tan pronto!... Pero es forzoso.

ESCENA VI

RIENZI, ADRIANO, IRENE

ADRIANO.—¡Partieron ya! en él espero. (A Rienzi.)
¡Rienzi, perdón para mi padre!

IRENE (A Rienzi).—¡Su padre! ¿qué suerte le aguarda?

RIENZI.—Pronunciada está su sentencia; ¡la muer-
te!

ADRIANO.—¡La muerte...! ¡yo le he vendido! ¡cruel
dolor! ¡sobre mí recaería su sangre!

RIENZI.—Hijo eres de Roma; ¡no de un traidor!

ADRIANO.—¡Cómo! ¡los lazos de la naturaleza des-
fallecerían ante la ley! ¡ay de ti, tribuno, ay de ti!

RIENZI.—Dios castiga al perjuro, y ordena la muer-
te del criminal; á su voz todo enmudece.

ADRIANO.—¡Infame! ¡sentencia cruel! Si he de ven-
gar á mi padre ¡tiembla!

RIENZI.—¡Silencio! mejor fuera orar. (Oyese en la
sala del fondo el canto de los monjes que preparan
á los nobles á morir.)

MONJES.—Misereat Dominum vestrorum peccato-
rum.

ADRIANO.—¡Qué oigo! ¡gran Dios! ¡su canto hiela
mi sangre!

IRENE.—De ti depende su perdón.

CORO DEL PUEBLO (fuera).—¡Mueran los traidores! ¡mueran!

RIENZI.—La clemencia sería crimen; el pueblo espera una víctima.

IRENE Y ADRIANO (arrodillándose ante Rienzi).—¡Perdón, perdón! ¡apiádate de nosotros!

RIENZI.—Ya que así lo queréis, serán absueltos. (A una señal de Rienzi, precipítase Adriano hacia la sala del fondo. Abrense las puertas, donde paso á los nobles acompañados cada cual de un monje. El pueblo aparece de nuevo por el pórtico del foro.)

ESCENA VII

Los mismos, los nobles, el pueblo

PUEBLO.—¡No haya clemencia! ¡mueran los infames! ¡venganza! ¡venganza!

RIENZI (conteniendo á la muchedumbre).—Oíd: una mano homicida pretendió herir mi pecho.

PUEBLO.—¡Mueran! ¡mueran todos!

RIENZI.—¡No, ciudadanos! ¡clemencia! ¡absolvedles!

CECCO.—¡Estás loco, tribuno!

PUEBLO.—No, Rienzi; ¡no haya perdón! ¡venganza!

RIENZI.—¡En nombre de vuestros abuelos, sed clementes!

BARONCELLI.—¡No! ¡el pueblo está sediento de su sangre!

RIENZI.—¡El pueblo! decid, ¿quién le ha hecho poderoso? ¡la unión es su fuerza! ¡Basta de sangre! ¡clemencia! Lo quiero yo; ¡el tribuno...!

CECCO (Aparte).—¡Qué demencia!

PUEBLO.—¡Cómo! ¡perdonarles cuando intentaron herir al elegido del pueblo!

RIENZI.—Perdonadles, si juran respetar sin rencor la ley romana. (A los nobles.) ¡Jurad! ¡Dios os escucha!

NOBLES.—Lo juramos.

CECCO (Aparte).—¡Vano juramento!

RIENZI.—Penetre al fin en vuestros corazones la santa clemencia. Si hablaron sin dolo, olvidemos sus yerros. No obstante, si algún infame urdiese nuevas tramas; ¡maldito sea en la tierra y aborrecido por una eternidad!

Concertante

RIENZI.—¡El pueblo depuso su enojo! Id; quedáis absueltos.

IRENE, ADRIANO EL PUEBLO.—¡Gloria á ti, Rienzi, tribuno de los días venturosos! ¡Tu nombre, más excelso que el de los héroes antiguos, vivirá victorioso entre las manes inmortales!

CECCO, BARONCELLI (Aparte).—En vano juran respeto á nuestra ley; no tardarán en faltar á sus promesas.

NOBLES (Aparte).—¡Sangre pide el ultraje! ¡tribuno, ay de ti! en breve, ante tus pasos, sembraré el terror.

ADRIANO, IRENE, RIENZI.—¡Perdón, perdón, en nombre del cielo! ¡no volváis á invocar la sentencia cruel! ¡La paz reine en adelante gracias al perdón, en todos los corazones!

BARONCELLI, CECCO.—¡Perdonarlos! ¡ah! ¡santos cielos! semejante perdón es criminal. ¡Nos aborrecen á muerte, y son funestos!

NOBLES.—¡Perdonarnos! ¡ah! ¡santos cielos! ¡vergonzoso perdón! ¡afrenta cruel! Mas no cejemos en nuestros proyectos; ¡odio eterno contra ellos!

PUEBLO.—Dispón de su suerte; sé implacable ó generoso; dicta muerte ó perdón para el criminal; que nosotros siempre acataremos tus decretos.



ACTO III

Plaza pública de Roma.—Ruínas, restos, monumentos antiguos.—Oyese la campana del Capitolio

ESCENA PRIMERA

Ciudadanos romanos; después CECCO, BARONCELLI,

CORO DE CIUDADANOS.—¡Hado fatal! ¡no hay remedio! ¡la discordia renace! ¡Nos venden, y los rehenes han huído ya! ¡Pronto sufrirán el castigo de tantos ultrajes! Acabemos con ellos de un solo golpe. ¡Se les concedió perdón, pero en vano! ¡necio el que fia en su palabra! ¿Y Rienzi? ¿Cómo no se presenta?

CECCO (acudiendo presuroso).—¡Pronto! alerta! corred! Los nobles se arman contra el pueblo; el enemigo se acerca. ¡Maldita clemencia! con nuestra sangre lo pagaremos.

Todos.—¡Ven, Rienzi! ¡te esperamos!

RIENZI (presentándose).—Acudo á vuestro llamamiento, poseído del furor que os anima! ¡Ay de los que respetó mi clemencia! Puesto que burlaron mi confianza ¡sean para siempre malditos!

Todos.—Ya ves, tribuno, á dónde nos lleva tu piedad...

RIENZI.—Tranquilizaos; mi corazón, injuriado, arde en deseos de aplicar rigurosa ley; este acero,

más veloz que el rayo, no dejará á uno con vida!
¡Que vengan! ¡la muerte les aguarda!

CECCO.—¿Cuál es tu plan? ¿qué pretendes hacer?

RIENZI.—Defender nuestra libertad, y aplicar á los traidores el merecido castigo!

BARONCELLI.—Antes pudiste hacerlo, ahorrándonos la mucha sangre que ha de verterse.

RIENZI.—Nuestro perdón agrava su crimen.

TODOS.—¡A las armas! ¡mueran todos! ¡sucumban los traidores á nuestros golpes! Dispón, ordena, dínos tus proyectos; dispuestos nos tienes á secundarlos.

RIENZI.—¡En pié, romanos! A los sitiadores hay que contestarles con las armas. Dios guiará vuestros valerosos brazos. ¡Descendientes de héroes temidos, tremolad vuestra bandera! Resuene en lontananza el grito de guerra: «¡Santo Spirito cavaliere!»

TODOS.—La bandera de un pueblo libre alcanzará nuevos lauros, y Roma, grande por la guerra, verá en breve florecer la paz! (Parten.)

ESCENA II

ADRIANO

¡Dios poderoso! ¡el grito de guerra! ¡El pueblo se arma, presto á partir! Abrete ¡oh tierra! y trágame en tu seno. Mi dolor es ya insoportable. ¡Oh muerte, añade otra víctima á las tuyas! Contempla tu obra, Rienzi, tu odio es causa de todos nuestros desastres. La suerte me arrastra al abismo; ¿á qué partido me inclinaré? ¿Puedo inmolar á tu hermano, Irene, ó armar mi brazo contra un padre?

Dulces ensueños de mi vida, huíd, venturas inconstantes, ¡adiós, esperanzas mías! ni una estrella luce ¡ay! entre las sombras de mi noche. Hasta el

amor, por el dolor vencido, se extingue en mi corazón!

(Oyese la campana del Capitolio.)

¿Dónde estoy? ¿qué ruído es ese? ¡la campana! ¡gran Dios! el tiempo vuela... Señal de alarma; ¿qué voy á hacer? Corro á encontrar á mi padre; confío en que su odio se desvanecerá; debo vencerle, enternecerle! Si se negase ¡ah! prefiero la muerte. Y si mis ruegos logran ablandarle, también tú, tribuno, cederás!

Dios de amor, infunde en mí la santa llama de tu fe! Celeste espíritu: ven, desciende y somete á mis acentos su corazón. (Se va.)

ESCENA III

Sacerdotes, pueblo; después RIENZI, CECCO, BARONCELLI, IRENE

(Aparece numeroso cortejo; primeramente los sacerdotes, seguidos de ciudadanos y mujeres; luego los senadores.—En pos de ellos Rienzi á caballo.—Junto á él Irene.)

RIENZI.—Por fin brilla el día de promisión en que han de sucumbir nuestros enemigos. Sobre vosotros velan vuestros antepasados; el acero herirá á los traidores. Sembrad el terror á vuestro paso entonando el himno de los combates: «¡Santo Spirito cavaliere!»

Coro. (Himno guerrero).—¡Adelante, pueblo! ¡en pié, sacerdotes y soldados! ¡guerra á los tiranos! ¡Afrenta y maldición á los traidores! Dios los condena á eternos remordimientos. Para ellos no haya piedad. Batid, tambores; sonad, vibrantes clarines, anunciando un día de gloria! Humeantes aceros, abrid negros surcos ante el carro de la victoria. Resuene en lontananza el grito de guerra: «¡Santo Spirito cavaliere!»

ESCENA IV

Los mismos, ADRIANO, corriendo

ADRIANO.—¡Detén! tribuno! no avances! ¡Consiente en vencer sin combatir!

RIENZI.—¡Atrás! me das lástima, hijo de un traidor fuera de la ley!

ADRIANO.—Oye, por favor, mi súplica. Deja que vaya á encontrar á mi padre! Intenté salir; pero ¡ay! cerradas están todas las puertas! Oyeme; da orden de suspender la marcha del ejército; aún confío en mi osadía!

RIENZI.—¿Quién sino tú me indujo antes, como ahora, á ser clemente? ¡por qué no destruí entonces tu raza! ¡cállate! ¡demasiado débil he sido!

ADRIANO.—Cede ¡oh tribuno! á mi profunda pena. No, no más sangre, no más terror! Sea mi vida prenda de futura tranquilidad.

RIENZI.—Sonó la hora, y no cabe dilación. En marcha, romanos; seguid mis pasos.

ADRIANO.—Recuerda nuestra amistad, y muéstrate por Dios, piadoso.

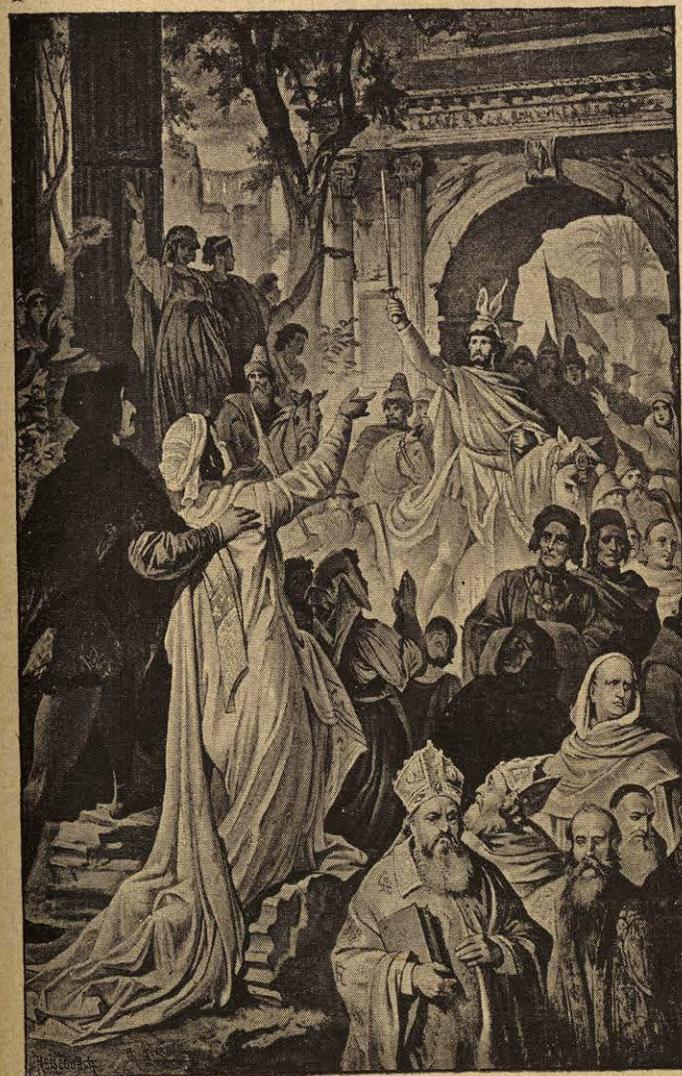
RIENZI.—No hay potencia en el mundo que logre ablandarme ya!

ADRIANO.—¡Bárbaro! hiere, pues; inmólame tú mismo.

RIENZI.—Levántate, pobre insensato! Nuestro deber es nuestra guía.

ADRIANO.—Entonces, caiga sobre ti, tirano, la sangre derramada.

CORO. (Himno guerrero.)—Adelante, pueblo! en pie, sacerdotes y soldados!



ESCENA V

ADRIANO, IRENE

ADRIANO.—¡Adiós, alma mía! he de abandonarte! el honor lo exige! voy á partir!

IRENE.—La muerte te espera en las murallas; si partes, expiro.

ADRIANO.—¡Déjame! quiero morir! es preciso! ¡ah! deja que cumpla mi deber! Mi corazón, escuchando tu voz, se conmueve; no me detengas, no.

IRENE.—¡Bárbaro! ¿no he cifrado en ti solo toda mi esperanza? ¡ah! ¡quédate! el Dios del cielo te prescribe este santo deber!

ADRIANO.—¡Escucha! allá!... ¿no oyes esos gritos? tu hermano destroza á nuestros amigos.

ESCENA VI

Los mismos, monjes y doncellas del pueblo

(Oyese el fragor del combate.—Llegan precipitadamente monjes y doncellas del pueblo, y se arrodillan.)

CORO.—Santa madre de Dios, Virgen María, oye nuestras preces! Tú que lloraste en el Calvario, salva á nuestros hijos, á nuestros hermanos! Protégenos desde el cielo, santa Madre de Dios!

IRENE (deteniendo á Adriano).—Detente en nombre del cielo. ¿Quieres perderme sin remisión?

ADRIANO.—El rumor crece, ¿oyes? y mi padre me aguarda en vano.

IRENE.—No: lo que te aguarda es la afrenta! Mátame si quieres, y vete!

ADRIANO.—¡Día de horror! cruel destino! ¡concededme ¡oh cielos! la muerte.

CORO.—Dios omnipotente, Padre nuestro! en ti esperamos! líbranos, Señor, de tanto mal! (Oyese á lo lejos el himno guerrero.) ¡Guerra á los tiranos! ¡mueran los traidores! ¡adelante, pueblo! ¡en pie, sacerdotes y soldados!

CORO.—¿Oís el himno de guerra? Al fin vencieron! Bendito seas, gran Dios!

IRENE.—Van á llegar!... mi hermano!... gloria á él!...

(El himno de guerra se aproxima.)

ESCENA VII

Los mismos, BARONCELLI, CECCO, RIENZI

RIENZI.—No más opresores ya, á orillas del Tíber. Nuestros enemigos quedan abatidos. Roma ha padecido, pero al fin es libre; los traidores ya no existen.

CORO.—¡Ah! gloria á ti! gloria al vencedor! gloria á nuestro salvador! Inclinémonos ante él, y alfombremos de flores su paso! Nada resiste á tu potencia; un dios vengador guía tu mano!

BARONCELLI.—¡Cuánta sangre! luchas homicidas! Sobre nosotros se cierne el luto; ¡cuántas mujeres, cuántas madres llorarán á su esposo ó á su hijo! (Entre la muchedumbre pasan los heridos. Adriano reconoce á Colonna á quien conducen en una parihuela formada de lanzas entrecruzadas.)

ADRIANO.—¡Ah! ¡padre mío!

TODOS.—Ya no existe.

ADRIANO.—¡Tribuno! el cielo me escucha: Dios humillará tu frente; la muerte te espera, tiembla, cruel! cuando te ofrecí mi sangre toda en prenda de eterna paz, fuiste inexorable! entre los dos se alza el crimen, tribuno! el crimen nos será común. Sa-

ciado está tu odio, pero el mío no, y tu vida saldrá esta cuenta!

(Parte.)

RIENZI.—No hagáis caso de su infantil desesperación! ¿qué le importan esos clamores al pueblo victorioso? Roma es libre. Olvídense toda pena; cántense las virtudes de nuestros héroes! la gloria corona vuestras frentes! No más tiranos! el Capitolio consagra vuestra soberanía.

CORO.—¡Al Capitolio! Al Capitolio! Victoria á los valientes! Gloria á ti, Rienzi, que rompiendo nuestras cadenas devolviste la paz al pueblo-rey!



ACTO IV

La plaza de San Juan de Latrán.—Fachada del templo,
con su vasta gradería

ESCENA I

CECCO, BARONCELLI, ciudadanos

BARONCELLI.—¡Sangriento día! ¡amargos laureles!

CORO.—Semejante victoria es derrota.

BARONCELLI.—¡Amigos, la gloria de un solo hombre
nos ha costado muchas lágrimas!

CORO.—Sí; para nosotros el luto; para él, la gloria.

CECCO (llegando).—Amigos; ¿sois vosotros? ¿qué
males han de cererse aún sobre Roma?

BARONCELLI.—¡Es Cecco! ¿sabes algo? ¡tu frente
palidece de espanto!

CECCO.—¡En todas partes reinan el miedo y la
tristeza; ya nadie tiene fe en Rienzi; Alemania le
abandona como á un vano fantasma real!

BARONCELLI.—¡Todo nos desampara! ¡la misma Ale-
mania se alía con el Papa!

CORO.—¡Sí, todo nos desampara! ¡día funesto!

CECCO.—Más aún; ya el Cardenal legado ha sali-
do del Quirinal.

CORO.—¡Qué oigo! ¡cómo! ¡el cardenal!

CECCO.—Después de su evasión, Colonna, según